

qué peligros! ò ya en los que de un amor afeinado sujetos, dexan que la muger todo lo mande, que todo lo gobierne, que trabu jue, ¡qué infamia! *Et mulieres dominatae sunt eis.* (Elian. l. 12. apud Leblanc. *supr.*) En unos Pueblos llamados Sacios, refiere Eliano, que el dia en que se casan, falen la muger, y el marido à luchar à brazo partido, y el que vence, à ese le queda para siempre el mando. Asi parece que les sucede à algunos con quienes la muger es la que los derriba, y los pisa. O ya si por darle gusto, los preceptos de Dios se atropellan, si por este amor se dexa el de Dios; oh, à quantos maridos por esto han llevado al Infierno sus mugeres! ò ya si pasandose este amor à llamas de torpeza, perdida la moderacion en el uso, el vino, que con templanza era licito, y provechoso, pasa à ser embriaguez desdichada. (*In Cro. S. Franc.*) Alababase un casado delante de Fr. Gil, compañero de S. Francisco, de que era casto, y no havia hecho ofensa à su muger. Dixo Fr. Gil: *Y no sabes, que con el vino que uno tiene en su casa, aunque sea suyo, puede embriagarse?* ¡Oh, quanto le dixo en esto, y si lo entendieran los casados para el uso de su matrimonio! *Es cierto*, dice San Francisco de Sales, (*Sal. Introd. p. 3. cap. 12.*) *que Santa Cathalina de Sena vió entre los condenados muchas almas grandemente atormentadas por haver violado la santidad del Matrimonio. Lo qual sucedió, decia la Santa, no por lo grande del pecado, porque los homicidios, y las blasfemias son mas enormes, sino porque los que le cometen no hacen caso de él, y por consiguiente lo continúan mucho tiempo.* Hasta aqui San Francisco de Sales. Y yo aconsejo à los casados que le lean en la Introduccion à la Vida Devota, en la tercera parte el Capitulo treinta y nueve, donde hallarán documentos de gran provecho. En Italia se apareció una madre à su hija, y habiendo vivido con muy buenos exemplos en lo exterior, le dixo: yo estoy condenada por algunos graves pecados que cometí con tu padre, y de vergüenza nunca los confesé. (*Seraf. rarior. exem. tit. Confes. cap. 9.*) Sea, pues, el amor puro, como el que Christo tuvo à su Iglesia, sea un amor todo casto, y aprisionando dulcemente dos almas por toda una vida, será esa prision dichosa la que les preste las alas para volar à la Gloria.



PLATICA VII.

DE LA CONCORDIA, Y PAZ,
que entre sí deben conservar
los casados.

A 14. de Noviembre de 1694.

A Postaron una vez el Viento, y el Sol, à qual mas mañoso saltador le quitaba de los hombros la capa à un pobre caminante, que por lo

descubierto de un llano iba expuesto à sus inclemencias. (*Plutarc. Conjug. precept.*) Y hé como de apuesta, restó el Viento desatadas todas sus furias, soltó sus uracanes, combatiólo por todas partes violento, y silvando con un deshecho vendabal, casi se lo llevaba; mientras él, por el mismo caso mas aferrado de la capa, como mas necesitado de el abrigo, afida con ambas manos, apretandola mas à cada soplo, se la resistia tan firme, que ni bastando porfias, ni violencias, despues de gran batalla, dexó burlado al Viento con sus furias. Dióse en fin por vencida su violencia. Y el Sol entonces avivando poco, à poco sus rayos, aumentando mas, y mas sus ardores, creciendo sus bochornos, mudo combatiente, pero eficaz; sofegado, pero mas poderoso; sin ruido, pero mas activo, à no mucho espacio el pobre caminante, no pudiendo sufrir tantos ardores, ya se quita el rebozo, ya vá apartando la ropa, à buscar el fresco, ya sollicita con sacudir la falda el viento, que antes lo combatia, y ya en fin se quita de los hombros la capa, por vér si minora el bochorno, y contra las denodadas furias de los vientos cantan la victoria los mudos apacibles rayos. Que no está en lo furioso, no en lo violento, la fuerza que llega hasta quitarle à un hombre la capa, no. ¿Pues à quién digo yo esto? ¿A un marido, que en lo rustico del genio pone en violentas furias su mando; ò à una muger, que en lo terco de un natural voluntarioso, piensa con necias porfias atropellar lo justo de su sujecion? A uno, y à otro se lo dice con bien moral enseñanza Plutarco, sea la muger, ò sea el marido. ¿Quiere cada uno llegar hasta quitarle al otro la capa, hasta desnudarle de lo que mas aferra de dictamen, hasta sacarle de las manos lo que mas apretado resiste? Pues no lo ha de hacer à furias precipitadas del viento: no lo ha de conseguir à porfias tan repetidas como necias: no lo ha de lograr à silvos, à cruxidos, ni à violencias, sino por el contrario, à mudos rayos de un amor, que sin sentir se vá insinuando al corazon, à luces de una discrecion, que mas activa se apodera del entendimiento, à ardores en fin, con que suavemente el cariño vence, triunfa, y se hace dueño de toda una alma.

¿Y ya si el amor es el que fábrica la union, y de la union resulta la concordia, alma de la mas dulce armonía de los Cielos, vida del concierto mas importante de las Repúblicas, cómo no será esta concordia la vida, y el alma tambien de las casas? Aqui es donde está todo el centro de todos los bienes, ò de los males todos: aqui donde está el medio de la felicidad, ò infelicidad mayor de los matrimonios. Tres cosas, dixo el mismo Espiritu Santo, son las que me arrebatan todo el corazon: *In tribus placitum est spiritui meo.* (*Ecclesiast. vers. 1.*)

Y esas tres son las que juntamente à Dios, y à los hombres les llevan todos los agrados: *Quae sunt probata coram Deo, & hominibus.* ¿Y qué tres cosas serán esas? La concordia de los

los hermanos entre sí, es la una: el amor de los vecinos, y amigos unos con otros, es la otra. ¿Y la tercera? *Vir, & mulier benè sibi consentientes.* Un marido, y una muger, que entre sí bien avenidos, siempre concordes, ni los disgustos les amargan sus cariños, ni las riñas les turba su paz, ni las porfias les alborotan su tranquilidad; que à ese paso bien gobernados los hijos, bien regida la familia, ni murmuraciones se oyen, ni quejas se escuchan, siendo la casa toda, entre los trabajos de esta vida, un retrato de la gloria. Ahí es, dice Dios, donde tambien mi espiritu descansa: ahí es donde mi corazon reposa: ahí es donde con mi amor se hallan mis bendiciones. (*Hom. 3. 4. in Ep. ad Titum.*)

¿Dichosa casa, y casados dichosos, dice S. Chrysostomo, que en esa paz, en esa concordia tienen la basa firme, el fundamento seguro de todos los bienes! *Præcipuum bonorum omnium, fundamentum, si uxor viro per omnia consentiens sit.* Y con esa concordia, ni hay males, ni hay trabajos, ni hay desdichas, que no se suavicen, que no se mitiguen, que no se endulcen: *Nam ubi hoc sit, nihil triste contingere poterit.* ¿Pero dónde hallaremos esta dicha?

Dificil es, no imposible, habiendo introducido el Demonio el mas mortal veneno, de modo, que el estado, que mas que todos, consiste en la union; ahí es donde parece que se han vinculado mas repetidas las discordias: ahí es donde, como en su proprio suelo, se nacen las disensiones, y los pleytos. En la Via Tiburtina de Roma refiere de su tiempo San Geronymo, que vió un sepulcro, en cuya lapida estaba gravado este rotulo: *Hospes, miraculum: hic, vir, & uxor non litigant.* Milagro, pasajero, milagro, que aqui un marido, y su muger no pelean. De modo, que aun en la sepultura no pelear, se tiene por milagro. ¡Oh, Dios Santo! ¡qué será en la vida! ¡qué en la casa! Y lo peor es, que mientras la casa está hecha una funesta cueva de dragones, una habitacion de tygres, cada uno echa la culpa al otro de lo que es daño tan comun de ambos. (*Plutarch. in Lacon.*) Dos casados, que estaban entre sí renidos, eligieron por su Juez arbitro à Arquidamo, para que él les oyese sus quejas, y diese la sententia. Llevólos al Templo de Minerva, y tomólos juramento à cada uno de que estarian à lo que él sentenciara; juraronlo asi, y luego, sin oírles ni una palabra sola, los sentenció à ambos, en que no solo no hablasen ya palabra de lo pasado, sino que olvidandolo del todo, se abrazasen alli en su presencia, y volvieresen de alli muy unidos. Buena sententia sin oír, quando está todo en pleyto en el hablar. Si miramos no pocas veces à los maridos, qué paz podrá haver en una casa, donde es un leon furioso el que la habita? *Noli esse sicut leo in domo tua, evertens domesticos tuos.* (*Eccl. 4. v. 35.*) dice à los tales el Espiritu Santo. Si como el leon con una curiosidad nimia todo lo averigua, si con una

importunidad necia à todas horas cansa, si con una ira bruta fueran por instantes los bramidos, los gritos, los alborotos, y si con una crueldad de bestia no se vén sino amenazas, castigos, azotes, golpes, manotadas; ¿qué ha de haver con este leon, sino destrozos? *Evertens domesticos tuos.* Y si lo que es peor, que un leon, un hombre necio, un hombre en sus costumbres rustico, un hombre en sus proceder mal Christiano, que junta con su escasez sus malicias, y con su necedad molesta sus enojos intempestivos, qué cosa puede haver para una pobre muger mas pesada? *Grave est saxum, & onerosa arena, sed ira stulti utroque gravior.* (*Prov. cap. 27. v. 7.*) No hay prensa tan pesada, que así oprima, como esas iras de un necio, que se juntan con la sinrazon.

Pero si es la muger la que mueve los disgustos, la que arma las riñas, la que suscita las discordias, oh, Dios. No parece que halla palabras el Espiritu Santo para ponderar de tal muger la malicia, y de su triste marido la desgracia: *Melius est habitare in terra deserta, quam cum muliere rixosa.* (*Prov. cap. 12.*) Mejor es vivir en el desierto mas retirado, mas desamparado, mas triste, que con una muger pleytista, y rencillosa: mejor alli la soledad, que aqui compañía tan funesta: allí menos molesto el desamparo, que aqui la enfadosa asistencia de quien así aflige: mejor, en fin, vivir entre las bestias, que con quien envenena peor, y mata con las palabras. Aun es poco lo dilatado de un desierto dentro de una cueva, en lo mas estrecho de una gruta, sería mejor vivir con un leon, ò habitar con un dragon, que con una muger, que por instantes aguza los dientes de su rabia; y aviva el veneno de su cólera, y de su malicia: *Commorari leoni, & draconi placebit quam habitare cum muliere nequam.* (*Eccl. 25.*) Qué cosa mas cruel entre los cuadrupedos, que el leon, pondera San Chrysostomo: *Quid inter quadrupedia animalia leone sevirus?* (*Hom. 15. ex Var. in Matth.*) Pues no llega su crueldad à la de una muger litigiosa: *Sed nihil ad hanc.* Entre los que se arrastran, cuál mas atroz, que un dragon? *Quid dracone atrocius?* Pues no tiene que vér con lo fiero de una muger pleytista. Es como un escorpion, que al afirio logra la punzada con el veneno: *Mulier nequam, qui tenet illam quasi qui apprehendit scorpionem.* Pues mejor es el desierto mas triste, mejor la cueva mas horrible, que una casa, donde los repetidos pleytos de una muger habladora, colérica, soberbia, y libre, hacen lo que muchas goteras en el techo, que ni dexan la casa en su lugar, ni en su lugar las mesas, que todo lo trastornan, que todo lo revuelven, hasta que haciendo la casa inhabitable, despues de ehar de ella al marido, todo se arruina, todo se cae, todo se acaba, y todo se pierde: *Tecta jugiter persillantia, litigiosa mulier.* (*Proverb. 19. v. 13.*)

Sea, pues, por uno, ó sea por otro, cierto es, que de las porfias nacen las mas veces las

las discordias de querer cada uno llevar la fuya adelante, y que se haga siempre su querer, naciendo los disgustos se fomenta la perdicion, y los pleytos. Digno es de admiracion, y lleno de enseñanza lo que vió una vez Muciano, y refiere Plinio. (Plin. lib. 8. cap. 50.) Estaba sobre un caudaloso, y profundo rio una estrecha viga por puente; entraron à un tiempo de la parte de allá una cabra, y otra de esta parte. Vinieronse à encontrar en medio de la viga, y veislas aqui ambas paradas; volver atrás cada una, no podia: si porfiaban cada una pasar adelante, havian de caer ambas en lo profundo. ¿Pues qué hicieron? Mirad, racionales, lo que les dictó la misma naturaleza à unos brutos. La una de ellas fue poco à poco doblando las rodillas, abatió la cabeza, echóse toda muy encogida: con esto la otra por encima de ella fue pasando, y así pasaron ambas libres. ¡Oh, si esta doctrina la tomáran para sí los casados! Si no, pocas veces se llega à estrechos, en que à la porfia, el uno, y el otro peligrá, haga la razon, haga la fé por una eterna vida, lo que alli por una vida material les dictó la naturaleza à dos brutos. ¡Oh, si así, yá cediendo el uno con cordura, yá cesando el otro con prudencia, se acabarían con felicidad de ambos sus disensiones! Lo mismo digo en los sentimientos, que, ò yá el engaño finge, ò yá la pasión exagera, ò yá los chismes, y los cuentos, muy comunes entre casados, atizan. Preguntado el Rey Alfonso de Aragón, cuáles serían buenos casados? respondió bien discreto: *Si maritus aliquando surdus, & uxor caca fuerit*: Si el marido supiere ser à veces sordo, y la muger se hiciera à ratos ciega. Qué bien dicho! Si el marido fuera sordo à palabras necias, à dichos imprudentes, à cuentos de criados, à chismes de ruines, y à silvos en fin de demonios. Y si la muger fuera ciega, no solo à no ver lo que está delante, pero ni à escudriñar curiosa, ni preguntar necia, ni à averiguar inquieta. ¿Qué paz havria? qué union? y qué concordia? Yá lo havia diho antes San Chrysostomo: *Neque vir leviter, & inconsideratè credat adversus uxorem, neque uxor leviter, & curiosè scrutetur ingressus, & exitus mariti.* (Hom. 20. in ad Ephes.)

Pero si alguno ha de ceder, queda la misma duda. ¿Quién debe ser? ¡Oh, Dios! Si se conoce la razon, qué hay que preguntar? y si no se conoce, qué he de decir? Lo que sé es, que Socrates, digna admiracion de Grecia, cedia no pocas veces à una Xantippe, muger loca, y fiera, y que havien-dole dicho palabras fulminadas de furia, al bajar luego él la escalera, le echó encima un cántaro de agua, y él respondió: *Ya yo sabía, que despues de los truenos viene el aguacero.* Eso es ceder una gran capacidad, un juicio maduro à la ignorancia, y à la flaqueza de una pobre muger. Por el contrario, dice Plutarco, las mugeres discretas, quando el marido grita, entonces callan; quando está colérico, entonces lo dexan; y despues, quando yá fosegado, lo mitigan mejor, y

lo ganan: *Prudentes matrone viris ex ira vociferantibus, tacent, silemtes alloquio demitigant.* (Plutarch. *Præcep. conjug.*) En tales ocasiones tomar una bocanadita de agua en la boca: yá lo di alguna vez por gran remedio: que si dos puertas, ò ventanas abiertas hacen que el ayre se corresponda, toda la pieza con el ayre de correspondencia se alborota, y con cerrar una, cesando la correspondencia, cesa tambien del ayre la molestia. A un Jacob obedeció rendida una Raquel, entregando los Idolos, que tanto le dolian. Pero por el contrario, Nabal el rustico le hubiera ido muy mal, à no atropellar su necesidad su prudente muger Abigail. Ello en fin, si los naturales no frisan, sean un amor noble, y casto el que los endulce. Hay frutas, dice San Francisco de Sales, como el membrillo, que por lo aspero de su zumo no se pueden comer sino en conserva; otras, que por su ternura, y naturaleza no duran, si no se les hace el mismo beneficio, como las cerezas, y albaricoques. Así, pues, si en el uno lo aspero, y desabrido del natural, si en la otra lo delicado, y quexumbroso del genio, son la ocasión de la amargura, confitados en un amor casto, tendrá la concordia, y la paz su permanencia.

Mas qué diré, si logra el diablo la punta mas venenosa de los zelos? Aqui es donde en un desdichado corazon se vé bullir un hormiguero de sospechas, de rabias, de turbaciones, de recelos, que salen como negras sombras del infierno. Yá se representan à los ojos, dando por hecho lo que se sueña; yá soplan à los oídos, contando por cierto quanto se imagina, y todo para convertir el alma, y la casa toda en un infierno: *Dura sicut infernus emulatio.* Jamás salió de los abismos peste mas fatal para los matrimonios. Aqui es donde afesta el demonio todos sus tiros, y aqui donde logra sus lances. (In ejus Vit. cap. 18.)

Conjurando San Vicente Ferrer en Valencia à una pobre doncella, que estaba endemoniada, à la fuerza de los conjuros obligó al maldito espíritu à que en público dixera, por qué havia entrado en aquella inocente; y oyendolo todos, dixo: No soy uno solo, somos muchos, y venimos solo à sembrar discordia entre su padre, y madre de esta hija, lo procuramos con toda diligencia; pero su madre, por ser muy devota de la Santísima Virgen Maria, se acogió à su patrocinio, con que no pudimos lograr nuestro intento; y al despedirnos, haciendo un grande ruido, todos los de la casa se hicieron la señal de la Cruz, y solo ésta no la hizo, y por eso entramos en ella. Así, pues, se atropan los demonios, solo à causar entre los casados discordias, porque en ellas tienen su logro de quantas culpas, de quantos escándalos, de quanta perdicion en lo temporal, y eterno: *Viro, & uxore* (dice el Chrysostomo) *perperam dissentientibus nihil salubre esse poterit, totaque simu inutabit familia.* (Chryst. 4. in Epist. Timot.) Reñidos los casados, nada hay bueno en la casa, nada que aproveche al alma; toda la familia se pierde, y toda la casa se arruina. Al

Altó, pues, dice San Pablo: *Cum patientia supportantes in charitate*: con la paciencia se sufrirán el uno al otro: *Solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis*: solícitos siempre de conservar la union, y la paz, que han de eternizar en la Gloria.

PLATICA VIII.

COMO SE DEBEN COMPARTIR los oficios entre el marido, y la muger para el buen gobierno de la casa, y paz del matrimonio.

A 28. de Noviembre de 1694.

Alternando el gobierno del Cielo, sin mas libro, que el que nos tiene abierto con sus claras letras de luces, y sus lineas todas de rayos, tenemos hoy tan hecha la Platica, que seriamos del todo ciegos à no aprovechar la doctrina, que se nos entra tan por los ojos, ò à obligar à su imitacion, ò à no dexar escusa à conocidos yerros. El Cielo, pues, es quien hoy, con sus mejores luces, nos predica. Compartido, digo, entre el Sol, y la Luna de toda esta grande casa del mundo el económico gobierno, no parece sino que en esos dos Planetas, que así casó Dios en el Cielo, nos puso tan patente à todos un retrato de lo que debe de ser cada matrimonio todo un Cielo. Qué bien compasados del uno, y otro los oficios! De modo, que siendo ambos iguales: *Luminaria magna.* (Genes. 1.) no por eso dexa de ser la Luna la menor: *Luminare minus*, que concurriendo los dos à unos mismos influxos, se conoce la superioridad del uno, y de la otra sujecion; del uno las carreras infatigables, y de la otra la incesante solitud. Siempre el uno al otro, sin perderse de vista, mirandose atentos, por eso siempre ambos lucidos, sino es que alguna vez, para escarmiento, interpuesta la tierra, haga reparar su discordia con negras manchas un eclipse, haciendo levantar los ojos à la nota à todos los que de su gobierno vivimos, nos animamos de su luz, y alentamos à sus influxos. El Sol, y la Luna, pues, son el exemplar, que no puede ser mas heroico, ni mas lucido del gobierno, y de los repartidos cargos de dos buenos casados, sin que ni el uno confunda por superior, de la que le es inferior, la jurisdiccion; ni la otra piense tener mas luces en lo que domina, que las que recibe del superior que la alienta. Así miró Joseph en aquel sueño à sus dos padres, que como buenos casados retrataban del Cielo las dos mejores luces, siguiendoles à su buen gobierno una familia como Estrellas: *Vidi per somnium quasi Solem, & Lunam, & Stellam undecim.* (Genes. 37. v. 9.)

Y si yá se nos entra por los ojos tan clara como el Sol la proporcion, se vé tambien el ca-

mino de trasladar à cada casa de los casados un abreviado Cielo. Vimos en la mutua fidelidad, el seguro del corazon; en el amor recíproco, las dulzuras todas del alma; en la concordia, y paz del corazon, y del alma, los bienes, y de la salvacion los caminos. Mas para conservar esa fidelidad, ese amor, esa concordia, y paz, qué nos falta? El buen gobierno de la casa, los bien repartidos cargos de la obligacion entre el marido, y la muger, y mantenidos estos, se seguirá en el concierto la harmonía, en las luces la hermosura, en los influxos la abundancia, en el calor la vida, en el esplendor la honra, y en dos almas el Cielo. Es, pues, el marido el Sol; oh, cuánto resplendor en su dominio! pero eso mismo, cuánto de honrosas fatigas en su cargo, cuánto de atenta vigilancia en su cuidada, y cuánto de liberales influxos en su providencia! Le toca (quien no lo vé) un correr incesante, un diligenciar, un volar à buscar para repartir, à ganar para mantener, à adquirir para sustentar. Un Sol parado de qué serviría? De confundir el mundo. Y un marido ocioso, holgazan, descuidado, de qué sirve, sino de una deshonra vergonzosa? (Ap. Leblan. in Psalm. 127. v. 3. n. 33.) Yá se rien las Naciones todas, que gozan de entendimiento, de oír como los Setas en la antigüedad, mientras las mugeres, cortado el pelo, ceñido el talabarte, se afanaban en las mas duras fatigas del campo; ellos, muy rizado el cabello, curada, y afeitada la téz, entre perfumes delicados se estaban puestos en el estrado. Yá mofan los que gozan de razon, de los Bárbaros en el Brasil, que parida la muger, se levantaba al punto à servir, y trabajar en la casa, mientras el Indio marido, puesto en la cama, lo regalaban, y servian, tratandolo como à recién parida. Ea, que, aun de hablarlo solo dá vergüenza, y sobra para tantos maridos, que solo tratan de ser Soles en lo lindo, olvidandose en la ociosidad holgazana todo lo cargo.

Como el Sol, pues, sustenta de la gran casa del mundo toda la familia, sin que de su calor, ni una lagartija se esconda: como el Sol, vistiendo los campos, y sustentando en ellos los vivientes, adorna las Estrellas, y engalana con sus luces todas à la Luna, así se vé del marido en su casa patente, y clara la obligacion. Mas para eso, sobra el cuidado, y la fatiga, se sigue lo derecho de su carrera, sin divertirse jamás, ni un punto, de su atencion; que aun al Sol todo, no le bastara su caudal, si se divertiera; y una vez que lo fingió la Antigüedad enamorado de una Ninfa, le dieron la queixa, y la vaya, que hasta ahora dura:

*Quid virgine figis in una,
Quos mundo debes oculos?*

(Ovid. 4. Metam.) Como, pues, no será, sobre intolerable, imposible, la carga de un marido, que no bastandole todo para su casa, divierte las atenciones à la agena, dexando sobre una pobre muger toda una carga intolerable? No es una locura ordinaria, sino un furor, una rabia,